
José María TORRALBA, *Una educación liberal. Elogio de los grandes libros*, Madrid: Encuentro, 2022, 174 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-1339-095-6.

En un entorno educativo cada vez más fragmentado en diversas posturas intelectuales, sociales y éticas, encauzado muchas veces hacia lo especializado, utilitario e inmediato, José María Torralba nos ofrece una valiente invitación a pensar sobre la educación universitaria sapiencial. Su propuesta está contenida en las páginas de este libro, donde podemos apreciar una valiosa reflexión sobre la formación universitaria integral, orientada hacia el cultivo del amor por la verdad, y el desarrollo de una capacidad de juzgar que sea guía del deseo humano de transformar el mundo.

El proyecto que se expone se apoya principalmente en la prestancia intelectual que poseen los programas de grandes libros. Desarrollados de modo intensivo en las principales universidades de los Estados Unidos, este tipo de programas educativos se engarzan en la tradición de la “educación liberal” que tiene como referente el pensamiento de John Henry Newman.

El libro resalta por su claridad y rigor para tratar los principales temas de la educación universitaria, además de su precisa exposición del desarrollo histórico de los llamados programas *core curriculum* en diversas instituciones del mundo. Ambas líneas argumentativas se aprecian a lo largo de sus siete capítulos, y sirven de soporte al bagaje de experiencias que nos hacen ver la importancia del protagonismo de los estudiantes universitarios en su propia educación.

En efecto, el prólogo de Roosevelt Montás desvela ya de modo anticipado este gran acierto: José María Torralba dota de espacio a las voces de los estudiantes, en forma de anécdotas y reflexiones extraídas de su propia experiencia, como profesor y directivo, en la implementación y desarrollo del programa *core curriculum* de la Universidad de Navarra. La experiencia de vida intelectual y docente que rezuman las páginas de este texto hacen que quedemos atrapados en su lectura.

Los primeros dos capítulos exponen la importancia de las humanidades para la universidad. El capítulo 1 introduce una pregunta fundamental: “¿Son un lujo las humanidades o, en cambio, resultan necesarias para la sociedad?” (p. 27). Esto nos traslada, de modo inmediato, a la evaluación del aporte de este tipo de estudios dirigidos, en la actualidad, a alumnos excesivamente preocupados de “divisar ya el puesto de trabajo al que llegará a la salida del túnel de sus años universitarios” (p. 29).

El análisis se sitúa en el debate sobre las reformas de la enseñanza que “sustituyen materias humanísticas por otras que fomenten el emprendimiento y la empleabilidad” (p. 28). Siguiendo a Ortega y Gasset, y a Newman, la respuesta de nuestro autor hace evidente la importancia de esta problemática para la identidad de las instituciones universitarias: “la educación liberal es una de las misiones de la universidad. Se trata, ciertamente, de la más fundamental, pero no la única ni exclusiva” (p. 34). En todo caso, escatimar esfuerzos en fomentar dicha misión puede llevar a lo que Ortega definió como “barbarie del especialismo”, en la que los estudiantes universitarios pueden saber mucho de una cosa, e ignorar de raíz todas las demás.

El capítulo 2 lleva a cabo un recorrido histórico del *core curriculum*. Sus inicios se remontan a los estudios de humanidades que componen saberes

como la historia, la filología y la filosofía. Éstos se alejan de los métodos experimentales de las ciencias empíricas, poniendo su atención en los aspectos irreductiblemente creativos e irrepetibles de la vida humana. Pero sus primeras sistematizaciones modernas se dieron en las universidades de los Estados Unidos. Es en este ámbito donde los programas del *core curriculum* se presentaron como un conjunto esencial de asignaturas obligatorias de educación general, llegando a acuñar el término tal y como es utilizado hoy en día.

El profesor Torralba puntualiza que esto no significa que las humanidades hayan sido “inventadas” en dichos ámbitos académicos. Más bien, tales instituciones hunden sus raíces en la tradición europea de los *studia humanitatis ac litterarum* de Cicerón, llegados posteriormente al Renacimiento, hasta asentarse en centros norteamericanos como Columbia, Harvard y Chicago a inicios del siglo XX. En estos, las humanidades se convirtieron en parte esencial del proyecto educativo, tanto para la orientación del pensamiento de los estudiantes como para acentuar su capacidad crítica.

Fue en la Universidad de Chicago, más específicamente, donde surgieron los seminarios de *Great Books*, cuyo currículo estaba basado en “la lectura y discusión en grupos reducidos de las grandes obras de la cultura occidental” (p. 44). Su mayor virtud ha sido –y sigue siendo– que los estudiantes puedan leer las obras clásicas y vayan a las fuentes de todo aquello que están aprendiendo. Por definición, “las asignaturas del *core curriculum* son de carácter introductorio, pero tienen que ser capaces de ir a lo esencial y hacer consciente al estudiante de la complejidad del tema de estudio” (p. 46). De esta forma previenen los riesgos de la especialización, cumpliendo a la vez su misión de dar una visión de conjunto de la realidad, tan necesaria para forjar un liderazgo positivo en la sociedad. Se trata, por tanto, de hacer más profunda la mirada de los estudiantes universitarios, de llevarlos a trascender lo inmediato y, de este modo, “despertar del sueño intelectual en el que muchos se encuentran. Así podrán pensar por sí mismos y tomar las riendas de su vida” (p. 63).

Los siguientes dos capítulos muestran con detalle la propuesta educativa presente en este libro. En el capítulo 3 se profundiza en sus rasgos esenciales: la sabiduría, el juicio y la verdad. Estas páginas –las más filosóficas– nos indican la urgencia de cultivar la perspectiva sapiencial como una tarea de toda la comunidad universitaria. Se trata de fomentar la búsqueda de la sabiduría, la cual “consiste tanto en poseer una serie de contenidos como en desarrollar un hábito intelectual (en sentido aristotélico)” (p. 68). Pero no basta con la programación de unas cuantas asignaturas sino, más bien, “lo decisivo es que el

conjunto del plan de estudios contribuya al cultivo de la perspectiva sapiencial” (p. 69).

A continuación, nuestro autor lleva a cabo una explicación sobre la necesidad de desarrollar la capacidad de juzgar. Nos indica que la *phronesis*, en el sentido aristotélico que empleaba Newman, es la virtud que perfecciona el intelecto y, por esto, es decisivo prestar atención a ella en los estudios universitarios. Sus efectos beneficiosos se aprecian en “la capacidad de ‘hacerse cargo’, de ‘captar’ lo universal en lo particular o, en otras palabras, de arropar un dato particular con la ‘idea’ que le corresponde y da sentido en el conjunto” (p. 72).

Para terminar este capítulo, José María Torralba nos habla de la importancia de suscitar el interés por la verdad entre los estudiantes, ilustrando esta idea a través de la respuesta de una alumna de su clase: “Lleva usted razón. El argumento es correcto, pero no lo comparto” (p. 77). Esta experiencia le mostró “el emotivismo moral dominante, según lo expone MacIntyre en *Tras la virtud*” (p. 78), el cual ha decantado en los últimos años en la llamada cultura de la cancelación. Por tanto, aunque, en palabras de Alejandro Llano, “la verdad no se puede propiamente enseñar como tal, y decir: ‘Esto es verdad’. (...) El profesor debe decir lo que él considera que es verdadero, o indicar aquello que considera que no es verdadero”, ya que “la filosofía es amor por la verdad, no posesión lograda, ya lista para servirla en el banquete de la sabiduría” (p. 81).

El capítulo 4 explica cómo fue posible trazar el itinerario del programa de grandes libros desarrollado en la Universidad de Navarra. Se detalla en esta parte lo que supuso el cumplimiento de dicha tarea, desempeñada bajo la tutela del *Instituto Core Curriculum*, que añadió la modalidad de seminarios al conjunto de clases expositivas. El capítulo resalta el fructífero trabajo que se ha llevado a cabo en este instituto durante años, y su constante preocupación por formar un profesorado que entienda su profesión “como servicio, es decir, como un medio de contribuir a la mejora de la sociedad” (p. 92). A esto se sumaron los esfuerzos en la confección de un plan unitario para los programas que se estaban implementando, lo que significó una revisión completa de los planes de estudio de la Universidad, tanto en sus presupuestos humanistas, como en los contenidos implícitos de las diversas disciplinas.

Desde esta experiencia, el profesor Torralba nos proporciona una amplia exposición de las cinco virtudes educativas de los seminarios de grandes libros: la implicación existencial de los participantes, el uso de fuentes primarias para un aprendizaje que tiene su fuente en la tradición, el desarrollo de la capacidad de pensar por uno mismo, la motivación de los alumnos ante su propio

progreso para mantener una conversación intelectual, y la capacidad de este método para educar la mirada.

Los últimos tres capítulos y la conclusión de este libro son una reflexión del autor sobre la universidad como institución, especialmente de aquellas universidades de inspiración cristiana: su finalidad, su origen y tradición, y su actualidad. Al respecto, podríamos decir que el capítulo 5 está orientado desde la pregunta ¿cuál es el principal fin de estas instituciones? La respuesta gira en torno a la dimensión moral de la educación que brindan, al retorno de la ética a la enseñanza en las aulas universitarias, y a la importancia que ha cobrado en ellas la reflexión de cuestiones relevantes para la vida social como la justicia, la libertad y la igualdad. Esto, junto con la conciencia de la dimensión performativa de la educación hace que, en nuestros días, los profesores sean percibidos como verdaderos referentes y orientadores. Por esto, “la educación no puede limitarse al cultivo del intelecto, sino que también debe incluir la educación moral” (p. 111). Es decir, que las instituciones universitarias tienen la misión de formar el carácter de los alumnos que pasan por sus aulas.

En el capítulo 6 se lleva a cabo una consideración de la universidad dentro de su origen y tradición, especialmente lo que se ha comprendido como “la doble identidad característica de toda universidad católica, es decir, de su naturaleza como institución universitaria y como institución de ideario religioso” (p. 125). El capítulo empieza con un dato importante: “la universidad nació históricamente en el seno de la Iglesia y durante largos siglos el cristianismo fue una de sus principales fuentes de vitalidad. No se trata de algo solo circunstancial” (p. 123). Junto a esto, el discurso que se cita del papa Benedicto XVI en la Università della Sapienza establece una clara relación entre la Iglesia y las instituciones universitarias: poniendo atención a su especial misión de buscar la verdad, podemos advertir que la universidad es una consecuencia de la misma naturaleza de la Iglesia.

José María Torralba resalta, en consecuencia, que no existe incompatibilidad ni contraposición entre las dos dimensiones antes señaladas. Es más, su adecuada comprensión e interrelación han sido siempre primordiales para el desarrollo de la universidad. Por esto, siguiendo al papa Juan Pablo II, explica que no se trata de hacer confesionales los estudios universitarios, sino que “la tarea específica de una universidad de inspiración cristiana consiste en ‘unificar existencialmente’ la ‘búsqueda de la verdad’ y la certeza de ‘conocer ya la fuente de la verdad’” (p. 131). Para alcanzar esto último, se requiere un gran respeto por la libertad, evitando renunciar “a pensar y tratar de comprender

lo más alto, Dios” (p. 131). En este sentido, la filosofía y la teología cumplen una función insustituible.

El capítulo 7, el menos extenso de todos, reclama nuestra atención hacia la importancia de la tradición como “marco de referencia para adentrarse en el saber” (p. 139). Esto solo puede llevarse a cabo en el seno de una comunidad abierta al diálogo, en la que, siguiendo a Alasdair MacIntyre, deben darse fines comunes, evitando así la atomización del saber, reflejo del individualismo imperante en nuestra sociedad. Finalmente, la conclusión del libro nos ofrece diez principios de la educación humanista, extraídos del conjunto de esta obra, nada extensa, pero en la que abundan los temas convirtiéndose, de esta manera, en una guía para toda discusión sobre el presente y futuro de la universidad.

Martín MONTOYA
Universidad de Navarra
DOI 10.15581/006.56.3.762